

UN MITO DE CELULOIDE: EL INDIO EN EL WESTERN AMERICANO

Autor: M^a Dolores Clemente Fernández

Desde sus inicios, el cine del Oeste ha fascinado a los europeos. En el Viejo Mundo siempre suscitará emociones el hecho de que, en plena edad contemporánea, existiera todavía un reducto de magia y leyenda, un paraíso virgen que había de ser conquistado y cuya gesta se hiciera eco de las más arraigadas epopeyas de la cultura europea. Esto mismo fue lo que hizo el cine de Hollywood, elevando a la categoría de mito su pasado más reciente y cristalizando la identidad cultural e histórica de los Estados Unidos. A lo largo del siglo XX, el cine ha inundado las pantallas del mundo entero de grandes héroes, personajes de leyenda, historias épicas y terribles villanos, dotando a la cultura americana de unas raíces míticas artificiales gracias al poder del celuloide y poniéndose en consonancia con los relatos homéricos, las gestas de caballería y demás elementos integrantes de la cultura europea. De esta evidencia proviene la definición promulgada por André Bazin: "el 'western' ha nacido del encuentro de una mitología con un medio de expresión".¹

Todo este encanto no hubiera sido tal de no encontrarse presente una de las figuras más importantes del western: el indio nativo norteamericano. Su presencia dotó al género de verosimilitud histórica y de un atractivo exótico indiscutible, pues ¿qué sería el salvaje Oeste sin sus llamativos "hombres rojos"? El western, como su nombre indica, nos habla de la propia génesis de los Estados Unidos, del avance de la frontera hacia el Oeste y la ocupación subsiguiente de sus enormes espacios "salvajes", subyugando, lógicamente, a sus habitantes primigenios.

La concepción mítica de la "frontera" entre el Este y el Oeste, verdadera línea divisoria entre el salvajismo y la civilización, ya había nacido en los tiempos de las colonias británicas. Desde un principio, los recién llegados al continente avanzaron desde la costa hacia el interior, y, tras la constitución de las trece colonias inglesas y hasta la guerra de los Siete Años, se estableció como frontera separatoria entre los colonos, garantes de la civilización, y los paganos indios, la línea marcada por los montes Apalaches. Pero esta línea no cesó de moverse hasta consumir su ciclo, arrinconando al mundo que consideraba "primitivo" hasta dejarlo reducido a unos islotes, generalmente poco acogedores, que constituyeron las llamadas "reservas" indias. En la teoría el mito de la "frontera", junto con otros como el "Destino Manifiesto" y el "*American Way of Life*", pasó a formar parte del panteón del naciente género del western, que perpetuaba en la gran pantalla (y también adulteraba) una etapa histórica que ya había llegado a su fin.

En lo que respecta a "la conquista del Oeste", tema inherente a toda producción de indios, la figura del "piel roja" ha cumplido por lo general la función de aglutinante de una población que ha sido, y sigue siendo, muy heterogénea. Las guerras contra hordas innumerables de indios terribles, que no existieron nunca en la realidad, provocan en el espectador potencial una especie de conciencia nacional que le hace observar con orgullo a sus antepasados, hombres duros y resistentes que se enfrentaron sin ayuda de nadie a una región salvaje repleta de habitantes hostiles y que salieron victoriosos de tamaña prueba. Evidentemente y como en toda guerra, ese triunfo se produjo a costa de otros, que para salvar el argumento son presentados como "malos". Y realmente sólo son malos porque han sido vencidos. Por otra parte, los triunfadores necesitan siempre enemigos

¹ Tomada de ASTRE, Georges-Albert/HOARAU, Albert-Patrick, *El universo del western*, Madrid, Fundamentos, 1976, p. 13.

que vencer y obstáculos que salvar para erigirse como tales... De esta forma, la épica del género se asienta sobre una afirmación marcial (y también darwiniana): "los pueblos fuertes someten a los débiles".

Asimismo, la validez de esta teoría, o su moralidad, es cuestionada por el propio género en su vertiente "desmitificadora". Tenemos, pues, que el Oeste oscila entre dos polos opuestos, la heroica victoria sobre el salvajismo y la criticada dominación imperialista de los pueblos considerados inferiores. Entre medias, el espectador se encuentra con miles de matices, todos ellos originados por el posicionamiento moral de sus creadores ante la violenta historia de la nación estadounidense. Pues interpretar las huellas del pasado no es sino dar la visión (o consecuencia) que se tiene del presente y del futuro.

Normalmente, la actitud de los "conquistadores" suele justificarse mediante la afirmación de que la muerte es el precio obligado que ha de pagarse por el progreso. El indio suponía un obstáculo para el avance de la civilización, y, en su representación más negativa, simbolizaba todas las fuerzas adversas de la Naturaleza que habían de ser dominadas. Así pues, el primitivismo maléfico y pagano del indio se oponía a la moral cristiana, especialmente a la puritana, que veía en su imagen la encarnación de todos los vicios, especialmente la lascivia, la crueldad y la pereza. Pero el cine, y anteriormente la literatura, no hizo sino tomar prestados y desarrollar unos estereotipos que fueron construidos a lo largo de la constitución de la joven nación americana, y que pintaban al indio en su conjunto como un salvaje pagano y nómada; de hecho, las raíces de lo que podríamos denominar "racismo antropológico" y "racismo socio-económico" nacen ya con los primeros pasos de las balbuceantes colonias inglesas. De esta forma, cuando el presidente Theodore Roosevelt afirmó que "este gran continente no hubiera podido mantenerse tan sólo como coto de caza de escuálidos salvajes"² no hizo sino expresar la herencia cultural e histórica de su país³.

En primer lugar, la política colonial inglesa favoreció desde un principio el racismo "socio-económico". Esto es lógico si se tiene en cuenta que Inglaterra era una potencia eminentemente comercial, que nunca se decidió a ejercer un control total sobre sus posesiones en ultramar, sino que se limitó a mantener ciertas prerrogativas de soberanía. Muchas de las colonias fueron fundadas por particulares que compraron terrenos a los indios y otras fueron desarrolladas por compañías y empresas que obtenían la patente real, y todas ellas disfrutaron de bastante independencia y autogobierno. Evidentemente, el indio no tenía ubicación dentro de este esquema y era considerado como un obstáculo o un elemento extraño, por lo que no se tuvo la intención de establecer leyes que protegieran e insertaran a los nativos dentro del sistema británico y que fijaran un modo de proceder ordenado respecto a la ocupación de tierras. Tal circunstancia no impidió que en determinadas ocasiones el indio fuera aprovechado, generalmente como cazador de pieles y como guerrero y explorador.

El proceder británico se contradecía por completo con la política colonial de los Imperios francés y español, que otorgaban al indígena un lugar específico; éste debía ser conquistado, convertido, educado y utilizado. Las prerrogativas de la Corona española y francesa eran mucho más grandes en América, en detrimento de las posibilidades de autogobierno, y en detrimento por lo tanto de las posibilidades de expolio del nativo por

² JACOBS, Wilbur, *El expolio del indio norteamericano. Indios y blancos en la frontera colonial*, Madrid, Alianza, 1973, p. 186.

³ Evidentemente, Theodore Roosevelt, cuya política exterior era mundialmente conocida como "the big stick", no podía despojar a su nación de uno de sus mitos más arraigados. Esto no quiere decir que él ignorara la condición de los nativos de los Estados Unidos, ya que no en vano fue el autor del prefacio del volumen I de la obra *El indio norteamericano* de Edward Sheriff Curtis (firmado por el presidente a 1 de octubre de 1906). En él dedicó palabras elogiosas al escritor y fotógrafo, diciendo del mismo que "ha vislumbrado, como muy pocos hombres blancos, esa extraña vida espiritual y mental de los indios, a cuyos aspectos más recónditos los hombres blancos no tendrán nunca acceso." Curtis dedicó 34 años de su vida (desde 1896 hasta 1930) a recopilar cuanta información pudo sobre los nativos norteamericanos, tomando más de 40.000 fotografías y visitando infatigablemente las reservas donde éstos vivían. La labor de toda su vida se materializó en una grandiosa obra de 20 volúmenes en los que Curtis quiso dejar el testimonio de una raza que, según él, "se extinguió".

parte de los colonos⁴. Además de esto, la existencia de misiones encomendadas a diversas órdenes religiosas, entre las cuales destacaron los franciscanos y los jesuitas, creaba una especie de zonas indígenas de grandes extensiones con propiedades comunales vedadas al hombre blanco. Pero las diferencias entre la ética protestante y la católica no sólo tuvieron como consecuencia la inexistencia de misiones. El protestantismo y sus múltiples apéndices⁵ modelaron la mentalidad de los “hombres de la frontera” exacerbando una de sus cualidades, el individualismo:

...el Protestantismo pretendió situar lo que él llama el “libre examen”, es decir, la interpretación dejada al arbitrio de cada uno... y fundada únicamente sobre el ejercicio de la razón humana. Era pues, en el dominio religioso, algo análogo a lo que iba a ser el “racionalismo” en filosofía; era la puerta abierta a todas las discusiones, a todas las divergencias, a todas las desviaciones; y el resultado fue el que tenía que ser: la dispersión en una multitud de sectas, de la que cada una no representa más que la opinión particular de unos pocos individuos. Como en estas condiciones era imposible entenderse sobre la doctrina, ésta pasa rápidamente a segundo plano, y es el lado secundario de la religión, queremos decir, la moral, la que ocupa el primer puesto: de ahí esa degeneración en “moralismo” que resulta tan sensible en el Protestantismo...⁶

El protestantismo, con la libre interpretación de la Biblia y la importancia concedida al Antiguo Testamento, exaltó las virtudes del individuo y contribuyó a la creación de uno de los ideales más constitutivos de los actuales Estados Unidos: la creencia en el “Destino Manifiesto”. Los colonos, ya fueran anglicanos, puritanos, cuáqueros, etc., pensaban que estaban allí gracias a la voluntad de Dios, y que éste les había concedido una nueva oportunidad en un paraíso virgen, una “tierra prometida” que debía ser conquistada y explotada. Dios, no obstante, no daba facilidades, y los colonos y pioneros debían demostrar su valor enfrentándose y dominando no sólo una Naturaleza hostil, sino también a unos habitantes bestiales y paganos. La ética protestante, tan vinculada al “espíritu de empresa” y a la fe en el progreso, supuso el germen de “la mentalidad de *conquistador* que ha dominado durante tanto tiempo en tantas historias de América y que relegó al indio a una insignificancia histórica.”⁷ De esta forma, el nativo norteamericano fue considerado como un elemento anquilosado y anacrónico, una especie de “antepasado malévolo” que debía ser extirpado y exorcizado en el avance de la civilización:

...los indios eran un símbolo de lo que el colono blanco no podía permitirse llegar a ser. El guerrero indio era una especie de superviviente, una reliquia del pasado salvaje que el hombre civilizado había dejado atrás hacia largo tiempo. Así pues, destruir al indio era destruir al salvajismo, controlar a los indios era impedir que se arruinara la cultura blanca.⁸

Estas palabras de Jacobs remiten a autores como Roy Harvey Pearce⁹, que tratan de ahondar en la psique de los colonizadores en busca de las bases más hondas del racismo, para llegar a la conclusión (de origen claramente freudiano¹⁰) de que éste pudiera proceder de un temor inconsciente e incontrolado hacia la animalidad. Aunque no

⁴ Las encomiendas, que sí permitían una cierta explotación del indígena por parte de los encomenderos, sólo eran un residuo de tipo feudal al cual la Corona española puso algunas trabas y practicó recortes de diversa índole. De hecho, acabaron por desaparecer.

⁵ Muchos de los “apéndices” emigraron a Norteamérica a causa de la presión anglicana.

⁶ GUÉNON, René, *La crisis del mundo moderno*, Barcelona, Obelisco, 1988, pp. 59-60.

⁷ JACOBS, Wilbur, *El expolio del indio norteamericano. Indios y blancos en la frontera colonial*, Madrid, Alianza, 1973, p. 40.

⁸ JACOBS, Wilbur, *El expolio del indio norteamericano. Indios y blancos en la frontera colonial*, Madrid, Alianza, 1973, p. 19.

⁹ Del que destacamos su estudio *The Savages of America, a Study of the Indian and the Idea of Civilization*, publicado en Baltimore en 1965.

¹⁰ Véase al respecto la obra de Sigmund Freud *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1984.

sabemos si los colonizadores eran presa de estos complejos, si fue cierto que el sometimiento del salvaje se glorificó como la victoria sobre el hombre pagano, que precisamente a causa de su fe idólatra era dejado de lado por la divinidad y sumido en el atraso tecnológico y económico.

El cine nos ha dejado amplio testimonio acerca de la maldad y agresividad “por naturaleza” del indio, que se corresponde, como hemos dicho, con la dureza del medio ambiente, utilizando de forma recurrente el recurso de tratar a los personajes de esta raza en bloque, sin personalizar ni individualizar¹¹. Tal es el caso de obras en las que los nativos no cumplen ninguna función específica dentro de la trama, sino que se limitan a acosar a los colonos o aventureros en su camino a las tierras prósperas del Oeste; tal es el caso, por citar un ejemplo, de la epopeya femenina *Westward the Women* (*Caravana de mujeres*, 1951), de William A. Wellman. En muchas otras producciones, el tratamiento era más condescendiente, presentándose la belicosidad de los “pieles rojas” como producto lógico de su condición primitiva e ignorante, que les convierte además en materia fácilmente modelable por parte de blancos sin escrúpulos, que, para favorecer sus propios intereses, no dudan en fomentar la crueldad de los nativos promoviendo hostilidades y suministrándoles armamento para favorecer sus propios intereses. Películas como *Unconquered* (*Los inconquistables*, 1947), de Cecil B. De Mille, y *Distant Drums* (*Tambores lejanos*, 1951), de Raoul Walsh, se articulan en torno a esta idea y centran su trama en guerras históricas sostenidas contra los indios, dando, en ambos casos, una interpretación demasiado libre de los hechos.

Sin embargo, esta visión tan autocomplaciente de la conquista del territorio norteamericano sufrió matizaciones tras la conclusión de la II Guerra Mundial. La condenación de cualquier tipo de racismo (o de teorías que pudieran ser consideradas como tales) y las acusaciones de genocidio formuladas a los países perdedores hicieron que la mayoría de las producciones hollywoodienses se lo pensarán mejor a la hora de justificar alegremente matanzas que se habían cometido apenas un siglo atrás. De esta forma, la figura del indio comenzó a revestirse de ropajes trágicos, apareciendo a los ojos del espectador como el representante de un pueblo que, desgraciadamente o por obra del destino, estaba condenado a perecer; como pronunciaba el gran jefe Cochise en la película de Delmer Daves *Broken Arrow*, “si sopla el huracán el árbol deberá doblarse, o será arrancado de cuajo”. El indio debía sacrificar su modo de vida si quería sobrevivir y amoldarse a los nuevos tiempos, renuncia que ya había formalizado tiempo atrás su hermano blanco.

Sin embargo, sea presentado como enemigo o como víctima del avance de la civilización, el “hombre rojo” cumple una función más compleja. En las diversas producciones cinematográficas se habla de su extinción, explícita o implícita, física o espiritual. Pero, ¿qué simboliza en realidad esta muerte? El “piel roja”, elevado a la categoría de símbolo gracias a una de sus cualidades fundamentales, el exotismo, se confunde y amalgama con la Naturaleza; la conquista del Oeste se revela en consecuencia como la subyugación de la tierra y la abolición de una cultura ajena y extraña al hombre actual, en tanto que no es occidental ni “civilizada”. Los creadores cinematográficos, por lo general blancos que plasman en el cine lo que entienden por un auténtico “piel roja”, emplean esa imagen simbólica del nativo para ofrecer la visión y valoración que tienen en ese momento de la “civilización” americana. Dependiendo de si el progreso se concibe como tal (a todos los niveles, no sólo los puramente tecnológicos), darán una imagen positiva o negativa de la teórica superación de un estadio “primitivo” del desarrollo del hombre.

¹¹ La no personalización de los personajes rechazables es un recurso manipulador del público a niveles perceptivos, muy aprovechado por las artes plásticas; Goya lo utilizó en la presentación del batallón de *Los fusilamientos del 3 de mayo*. Otro ejemplo del aprovechamiento de este recurso expresivo, éste ya perteneciente al campo cinematográfico e inspirado precisamente en el cuadro citado, lo constituye la imagen del ejército zarista que ofrece Eisenstein en *Bronenosez Potemkin* (*El acorazado Potemkin*, 1925).

